

# EL LIBRO DE CARLOS DESTAPA MI BAÚL DE RECUERDOS<sup>1</sup>

© Alberto Omar Walls

Un prólogo es un estado de ánimo. Escribir un prólogo es como afilar la hoz, como afinar la guitarra, como hablarle a un niño, como escupir por la ventana. Uno no sabe cómo ni cuándo las ganas se apoderan de uno, las ganas de escribir un prólogo, las ganas de estos leves *sub noctem susurri*.

**Søren Kierkegaard**, *Prólogos*

Carlos García me pidió que pergeñara un pequeño prólogo que contuviera unas pocas páginas que le sirvieran de antesala a su hermoso y muy ameno libro referido al *Barrio Duggi*, al que, con mucho tino, subtítulo *Historia y recuerdos del antiguo Monturrio*. No sorprende de que se trate ni más ni menos que de un pequeñísimo territorio insular que, como cualquier otro barrio de una ciudad que crece coqueteando entre la globalización y la singularidad, haya sido obligado a olvidar en parte, impelido por los nuevos tiempo, su historia personal.

Carlos García, en un generoso deseo de recuperar la memoria colectiva, se ha tomado la molestia de investigar en sus urdimbres más ocultas, indagación plena de melodiosa paciencia y rítmica voluntad, para así poder mostrarnos un pormenorizado recorrido histórico y humano que data desde finales del siglo XIX, que es el

---

<sup>1</sup>El *Barrio de Duggi. Historia y recuerdos del antiguo Monturrio* [2003:94], Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife.

nacimiento del emblemático territorio, hasta nuestros días.

Leyendo el libro de Carlos García descubres que se trataba de un barrio, o espacio geográfico, inmerso en otro mayor y que, por sí mismo, se fabricó una fisonomía física y unas vías de comunicación con la totalidad, que también estaba ocupado vivencialmente por sus habitantes que andaban en relación entre sí y con sus específicos medios de producción social... Pero también nos incorpora a la mente otros conceptos más sensoriales, menos pragmáticos, más atávicos o mágicos, si se quiere llamar así a lo que sólo halla acomodo a través de lo espiritual.

El libro de Carlos García *me ha destapado el bálul de mis recuerdos*. Suena a copla, pero hay que reconocer que algo que te retrotrae a cincuenta años atrás tiene el valor que posee el poder de una ventolera mental cuando entra a voluntad en los hondos de las seseras, lubricándote las circunvoluciones cerebrales, removiéndote los recuerdos.

Porque yo también nací en esta ciudad... que mira al mar, un ocho de mayo de mil novecientos cuarenta y tres, exactamente en la Calle La X, donde aún hoy vive mi prima Mercedes a sus ochenta y cinco años, por tanto, en el borde este de la añosa piel del llamado Barrio Duggi. Pronto nos mudamos, cuando contaba ocho años, a una casa de tres plantas de nueva construcción que mis padres Sulaimán Omar y Amparo Walls compraron en Ramón y Cajal, porque quedábamos así más cerca de su negocio, ubicado desde 1937 en la Rambla de Pulido. Ese

corto viaje a pie lo crucé con mis padres y hermanos Yamil, Leonardo y Marita y mi tía Mikita; Hosne y Amparo nacerían más tarde en la nueva casa, como todos nosotros ayudados por las tan amorosas artes de la comadrona, amiga de la familia, que acompañaría a parir en sus casas a tantas madres del Santa Cruz de entonces, la bondadosa y eficiente doña Carmita Bello. Sorprende ahora, ya pasado tanto tiempo, comprobar cómo se acortan las distancias en esta realidad que se ha agrandado, porque caminar aquellos pocos metros nos daba la sensación de auténtica lejanía. Recuerdo aún la calle abierta con sus tripas al aire, pues se realizaba el definitivo asfaltado y alcantarillado de esa zona que en el decir popular llamábamos El Monturrio, ya que aún en nuestra época su vieja orografía conservaba algo del antiguo rostro. Como bien nos recuerda Carlos García “parte de la zona se mostraba con una apariencia de montículos escarpados (...) que conformaba una elevación apreciable”. En realidad hubo un tiempo en que la confusión en las denominaciones hacía apelar simultáneamente a las tres más conocidas de Noria Alta, El Monturrio y Ramón y Cajal. No tuvo en su principio el Barrio Duggi, al que pasó a formar parte la nueva calle Ramón y Cajal, las marcas de los barrios Salamanca, El Toscal o El Cabo... pero el nuestro, como todos los barrios, llegó a poseer pronto una personalidad propia y nos hubiese sido imposible vivir fuera de ella o sustraernos a sus interacciones.

Si la niñez y juventud pasadas en una ciudad no fueron fraguadas en un barrio, un adulto no es nadie, es sólo polvo de olvido... La raíz de toda capacidad creativa y productiva está en la niñez y en los elementos que la sustentaron en su momento. La niñez se nos fabrica con cientos de retazos de otras vidas con las que nos relacionamos, con los que entran tanto las admoniciones y sopapos de los mayores, como sus caricias y amores. Un niño es una marmita donde se cuecen los elementos que conforman al adulto futuro, que estará ya contenido, como una semilla, en el niño. El niño tiene la mirada de un caleidoscopio o la de una mosca, porque todas las experiencias se le adentran hasta lo hondo por muchas esquinas, planos, vértices de su personita receptiva, esponjosa. Lo recibe todo y luego, sin contemplaciones, lo cuece en su propio barro con el fuego de las nuevas emociones, sentimientos descubiertos y conflictos vividos. Junto con las sonrisas y cachetones le entran sin pedir permiso las nanas cantadas al anochecer, los cuentos viejos de misterio y de hadas viendo los rostros amigos de la gente del barrio sentados en corro en la placita del colegio, también los olores provenientes de las cocinas del vecindario mezclándose las especias con el café, la leña, o el carbón, el gas y petróleo, o el paisaje... El paisaje interior y exterior del lugar es fundamental para entender la luz que luego habita en la vida de un adulto. El gran paisaje es, por supuesto, la naturaleza, pero sin llegar a tan grandes dimensiones el niño observa y goza de su pequeña geografía de barrancos y matorrales más

desde su utilidad y cercanía que desde el concepto universalizado. Así, el niño, conoce primero su calle, con sus peligros, acechanzas y horas de tregua, donde el juego y la convivencia con los amigos es posible y necesaria; luego, otras calles más y, al final, todo el barrio... ¡Desde ahí se abrirá el proceso de toda una excursión al universo abierto! Porque, en principio, el barrio sólo tendrá límites cuando los chicos de otro barrio, normalmente concebido como una tribu enemiga o susceptible de enfrentamientos, se acercan o invaden el territorio. Un niño es un miembro con todo derecho de una tribu que es un barrio, y su barrio es la condensación de todo el paisaje, de todos los paisajes posibles, y en ese entorno, para poder ser feliz, debe tener acceso a todo lo necesario; cuando no es así, o sucumbe o busca nuevas esperanzas en otros sitios, en otros lugares que se abren más allá de las lindes reconocidas de su entorno. Cuando el *niño isla* viaja para conocer el mar y lo que hay detrás de la línea del horizonte, está reconociendo en su interior la carne de emigrante que conforma a un isleño, y seguro que ese primer día se le prenderá en la mirada un deje de añoranza que quizá aparentemente olvide pero que puede que alguna vez futura renazca y se realimente. Para cuando el *niño-barrio* conoce el monte y el campo, ha descubierto el continente y todas las tierras desconocidas, pero cuando transita, sin saber dónde va, por las calles de la ciudad hasta cansarse, hasta perderse..., entonces está aprendiendo a caminar por la piel de este ancho y viejo

mundo sin fin, que se comportará a veces ajeno y otras íntimo.

De igual manera que le ocurriera a Carlos, para mí, las calles de mi Barrio fueron un universo que me abrió a múltiples posibilidades imaginativas, aunque, por contra, me sorprende recordar, al hilo de la lectura del manuscrito, cuando hace referencia a las azoteas, que, mientras estudiaba yo geografía en los altos de nuestra casa de Ramón y Cajal, tenía que hacer grandes esfuerzos para memorizar los ríos españoles cuando aún no había podido ver ninguno.

Se ama lo que se conoce, aunque también las ilusiones y esperanzas nos ayuden a dar el salto hacia lo desconocido y atraerlo hacia nosotros con la fuerza del amor. El amor es vibración de la energía que subyace en el corazón, también lo es la fe y la voluntad y tantas otras cosas del ser humano... Los estudios, las lecturas, la plaza cercana, las ferias y fiestas de los patronos -con sus columpios, tiro al plato y feriantes- y las de primavera, verano, otoño e invierno. Un cúmulo de energía conformada creativamente. El niño, con toda su experiencia vivencial, junto con quienes los cuidan o asisten, conforman una iconografía sustancial en la orografía del barrio, y son en sí mismos un producto de identidad cultural difícilmente sustituibles.

Vivimos en un momento crucial de transformación social y económica en que tienen mucho que decir los entes intermediarios entre los poderes locales y regionales, especialmente en lo referido a la recuperación

funcional de los barrios en el entramado de la acción ciudadana. En esta época en la que accedemos a una aldea globalizadora debería contemplarse, para también evitar el anonimato del ciudadano, la observancia de lo particular frente a lo general. Dentro de la singularidad cultural de las ciudades, junto con las tradiciones locales y la conciencia geográfica, se hallan los barrios con fisonomía y conciencia propias, por lo que estos deberían significarse como las células primeras que conforman las ciudades. Los barrios por sí solos no tienen nada que hacer, están abocados al anonimato cuando no a su exterminio sustancial. La verdad de hoy sitúa el peligro general en el pensamiento, ya defendido por algunos, de que casi no se conoce al vecino de al lado ni al de encima. Cuando esto se produce y no se hace nada importante para resolverlo, poco futuro le resta al barrio. Se sabe que las problemáticas generales deberían plantearlas ellos mismos, los barrios a través de sus asociaciones, junto con los investigadores y los agentes sociales, propiciando toda serie de encuentros, duren lo que duren, donde se analicen sus limitaciones y expectativas, se observen los recursos, sus capacidades de convocatoria y autogobierno y autosuficiencias en cualquier materia. Todo barrio tiene un reto pendiente, el de volver a tomar conciencia de sí mismo, descubrir quién es dentro de la estructura general de la ciudad, descubrir que compone, junto con sus habitantes, parte de ese territorio general, cuyos límites no serán sólo los de la ciudad que los engloba, también la constatación de sus singularidades, y en último término,



la integración en una (vieja) Europa culturalmente supranacional.

En ese posible encuentro permanente de los barrios se debería hacer el análisis de las redes territoriales y sectoriales, con la evaluación de políticas sociales y, por supuesto, propiciar la formación de observadores propios. También afrontar la producción social en todas sus vertientes, tras analizar las demandas y consumos. Conocer en profundidad las relaciones entre públicos-ciudadanos y el poder. Poner en práctica la contribución de las ciencias sociales en la gestión tanto de los tangibles como de los valores intangibles, abriendo debates permanentes que evalúen por igual el papel y la aportación de la antropología, las ciencias políticas y la economía, la sociología...-, como los caminos futuros de las políticas públicas.

Se equivoca el político que quiera matar el barrio. Amar nuestro pasado es hacer las paces con nuestra cuna. Nadie debería tener derecho alguno a boicotear nuestras raíces -sean las que fueran-, ni a bombardearnos el alma con tantas tristezas infringidas a la niñez, como el único territorio de los seres inocentes.

Estamos hechos de componendas, y por eso es tremendamente luminosa la bendita idea de Carlos García en querer remozarnos las muchas memorias desde la lectura de su libro. ¿Y qué más da que cada uno tenga un recuerdo personal e intransferible? ¡Eso es lo deseable! Que cada uno de nosotros sea capaz de remontar el dilema del tiempo presente, recomponiendo la trapería

gomera de tantas vivencias que se nos deshilaron en el baúl de la memoria. Muchos seres se nos han quedado ya en el camino y, a veces, trabajos tan hermosos como estos se hacen sólo para testimoniar que somos humanos a carta cabal, que aún amamos al amigo, al vecino, al abuelo, a la madre, al padre, al hermano, a la tía o al desconocido..., por encima del tiempo o cualquier tipo de diferencia que la estulticia mercantilista de las relaciones sociales se haya empeñado en fabricar.

Todo libro es un milagro de existencia. Bien venido sea este nuevo libro que ilumina nuestras memorias. Gracias por tu generosidad, querido amigo y convecino, gracias, Carlos.